

OPINIÓN



POR ANDREA SALAMOVICH
DE ROSENBERG

Ni la violencia entre detractores y simpatizantes de la organización terrorista –el odio atávico entre sunitas y chiítas que tan bien habla de la hermandad del Islam–, ni la muerte de civiles constituyen eventos nuevos en el Líbano. En la práctica, Hezbolá siempre ha movido los hilos del poder, y ha gobernado el país ante la mirada muerta de muñecos de cera. ¡Hasta cuándo callará Occidente!

El hecho de que algunos comenten con desmesurado asombro que la organización terrorista Hezbolá ha tomado la parte occidental de la capital libanesa, Beirut, no prueba sino la inocencia, la desinformación y la apatía de un contingente no menor de la opinión pública mundial. Porque en la praxis, ¿cuándo ha dejado esta horda de bárbaros de dominar, ya ni siquiera desde las sombras del poder sino en un escaparate sostenido por el propio gobierno títere de Saad Hariri, el errático destino de el Líbano? Las amargas quejas de Hariri, televisadas por el zoom de la inmediatez y difundidas en tiempo real a todo el orbe, tienen el signo teatral del montaje y la simulación. Sólo existe resistencia escamoteada entre la población civil, guerrillas ni nutridas ni mucho menos bien armadas que constituyen el brazo de lucha de un pensamiento político que exige el derecho a la autonomía y a la libre determinación del país de los míticos cedros. Es en ese sentido –y no a raíz de reales maniobras de disidencia por parte del gobierno– que en cualquier momento puede recrudescer en aquel país una guerra civil que, en verdad, se desató hace mucho y que, sin embargo, se ha desenvuelto casi en el silencio, gracias a una cortina de humo tendida por Irán, el gran financista y mentor de las milicias fundamentalistas chiítas de Hezbolá.

LA MANO TRAS EL FUSIL

Mientras Hezbolá insiste, airada, en una persecución sistemática contra los sunitas libaneses, la ONU y otras organizaciones muy dadas a las conversaciones distendidas pero renuentes a la acción –cuando no se trata de imponer medidas de sanción contra Israel, claro– discuten en largas mesas de almendrados manteles blancos y alegres arreglos florales, una vez más, si será o no conveniente volver a pedirle al se-

Hezbolá y el Líbano:

Sin novedad en el frente



SAAD HARIRI JUNTO A SU PADRE RAFFIC, EL EX PRIMER MINISTRO ASESINADO.

ñor Ahmadineyad que deponga de momento ese capricho suyo por montar fábricas de juguetitos bélicos. Es inverosímil el guante aterciopelado con el que una geopolítica enclenque y desmoralizada trata a este dictador delirante, primer baluarte hoy del terrorismo mundial indiscriminado contra civiles, en especial dirigido, igual que dardo venenoso, al corazón de civiles norteamericanos y judíos. Y he dicho judíos, pues muy lejos de las percepciones emboadas de miembros de las comunidades judías de la diáspora, la garra de este integrismo iraní asesino no hace distinciones entre israelíes y judíos, ambas categorías se funden en una: la presa más codiciada, la que amerita un bono extra al terrorista de turno que de en tan deseado blanco.

Ahmadineyad, sí, el amigo íntimo, el compadre de Hugo Chávez, se ha convertido en el nuevo referente de culto para negacionistas y revisionistas del Holocausto Nazi en los cuatro puntos cardinales. Pero, más aun, se ha erigido como el más leal sucesor de ese Hitler al que por cierto exculpa de todo mal, aunque quizá le hubiese preferido musulmán. Ninguno como él, y no desde la clandestinidad de una ruca del desierto afgano sino arrellanado con honores en el sillón presidencial, ha sido tan poco dado a alegorías y metáforas y, por el contrario, tan literal al manifestar que mientras exista el Estado de Israel, ningún lugar en el mundo, jamás, volverá a ser seguro para un judío. Sueña de seguro este tirano con sus propios hornos crematorios y campos de la muerte. ¿Y por qué no habría de hacerlo? ¿Qué auténtica sanción o medida coercitiva ha impuesto Occidente contra sus estrategias suicidas y su doctrina exaltadora del Odio, la Muerte y la Sangre? ¿Acaso se le ha acusado y sometido a juicio como motor primario de Hezbolá, orgullosamente confesa de organizar y perpetrar atentados, en la impunidad, truncando vidas y violando fronteras? ¿Acaso pudo comprobar cómo se emprendía justicia contra sus coterráneos y su nación, autores intelectuales y materiales –coludidos con los contactos internos de la Argentina– de los atentados contra la Embajada de Israel

en Buenos Aires y la AMIA? ¿Qué le ha enseñado la celebrada Ley de Occidente, sus Tratados, sus Organismos, todo su bagaje cultural que de supuestos le legó los ideales libertarios, racionalistas e ilustrados? No le ha enseñado otra cosa que la certeza de que mientras existan petrodólares de por medio, las llamadas negociaciones pueden ser eternas, los modales, inmejorables, y la paciencia, infinita.

Por esto, pese a que sus despliegues coreográficos sean nefastos y su retórica débil, sí, aunque le hayan convertido en la caricatura más graciosa y patética de cuantos quieran autodenominarse artistas o intelectuales, he defendido y defenderé la figura de George Bush Jr., que ha tenido el coraje que en los demás ha flaqueado, de amenazar a Ahmadineyad de frente, de enrostrarle su incuestionable calidad de primerísimo líder y promotor del terrorismo internacional. Ese Terror convertido en penosa impronta del nuevo milenio; ése que ha logrado demostrar que no existen fortalezas inexpugnables, mermando sin remedio cualquier sensación de seguridad entre las ciudadanía «cruzadas». Pues el texano poco dado al estudio del mapa mundis en cuestión, ha sido, sardónicamente, acusado por las izquierdas de belicista a raíz de su temeraria actitud hacia Irán: No titubea al alzarle la voz al déspota, no pide disculpas por enfrentarle, no usa eufemismos dignos de *Cartoon Network*. Esto basta para consagrarle como amigo de Israel, asunto más gravitante que el que carezca de la impronta y fresca labia de Kennedy o del seductor manejo diplomático de Clinton.

POBRES EXCUSAS

Nada más baladí –hasta parece un argumento propio del teatro del absur-

dos–, que la supuesta causa de los choques armados que ya han dejado casi una decena de muertos en Beirut, dos mujeres entre ellos. Veamos la explicación oficial, escuetamente cubierta por los medios: El Jefe del Movimiento Chiíta libanés Hezbolá –cuyo único objeto de lucha es la aniquilación del Estado de Israel–, Sayyed Hassam Nasralá, aparece campante en una video conferencia anunciando que la inminente guerra civil ha sido impuesta por otros. Y continúa, la víctima: «que revoque el gobierno sus decisiones si quiere evitarla». Aludía Nasralá, desde un cinismo bufonesco, a dos acciones emprendidas por la mayoría parlamentaria liderada por Saad Hariri. Primero, se declaró ilegal a una red telefónica privada administrada por Hezbolá; segundo, se despidió al encargado de seguridad del aeropuerto de Beirut, un militar chiíta de la confianza de la agrupación terrorista. ¿Existe persona de mediano coeficiente y mínima capacidad de discernimiento que se trague tal cuento, vale decir, que en virtud de dos eventos de tamaño nimiedad se desencadenaría en las calles un enfrentamiento civil? Qué caraduras. Lo cierto es que Hezbolá no ha dado tregua a los sunitas libaneses, y la suma debilidad, o mejor dicho, el servilismo de Hariri y su corte a dichos terroristas, sólo ha conseguido aumentar el sentimiento de horfandad de la población libanesa. Hasta el ejército de este país islámico, se encuentra dividido y enfrentado gracias a las cuerdas que mueven dos de sus «hermanos» del Islam. Arabia Saudita alienta, arma y financia el sector sunita, mientras, como se ha dicho, Irán, a manos llenas y a vista y paciencia de una aldea global que, aplastada por toneladas de información-basura, de los apócrifos de la Net, dormita.

TECNO | LINK
INTELIGENCIA PARA LOS NEGOCIOS

- Control y Gerenciamiento de Proyectos a Distancia
- Consultorías en Planificación de Recursos Empresariales
- Plataformas Colaborativas de Trabajo

www.tecno-link.cl
Fono: 827 8800